Calvin se acomodó en su rincón preferido de la biblioteca para leer libros de dragones.

«¡Vaya! ¡Aquí dice "VAGONES", no "DRAGONES"!
¿Por qué está tan borroso?», se preguntó.

Calvin decidió coger otro libro que le resultara más fácil de leer.
«Aquí hay uno sobre un dinosaurio amarillo. Un momento...
¡No es un dinosaurio, es una gallina!»

Al darse la vuelta para dejar el libro, Calvin tropezó con una silla.

—¡Pero qué pasa en esta biblioteca?

—Puede que sean tus ojos, querido Calvin —dijo la señora Leomucho, la bibliotecaria.

—Quizá tengas la vista cansada. ¿Cuántas plumas hay aquí?

Calvin se concentró mucho.

—¿Cuatro?... ¿Seis?... ¿Ocho? ¡Vaya, esto habrá que investigarlo!

«A ver... "vista cansada"... problemas para ver objetos cercanos... visión borrosa... Aquí pone "hi-per-me-tro-pí-a". ¡Hipermetropía! ¡Tengo una enfermedad rara! Un momento: es muy común y se puede solucionar fácilmente.»

Calvin leyó que esta enfermedad es hereditaria y pensó que por eso tío Raimundo siempre se chocaba con los árboles.

—Creo que necesito gafas. Gracias, señora Leomucho.

Y así fue como Calvin se dirigió a Villa Árbol para hacerse gafas.
«A ver... a la izquierda, después a la derecha... ¡Es aquí!
Dr. Buenavista, optometrista.»

Tras un pequeño examen...

... unas pruebas y ajustes...

... Calvin se fue a casa luciendo sus nuevos y espléndidos ANTEOJOS, como a él le gustaba llamarlos.